

duda, á ejemplo de Augusto, que se grabara en mármol su resumen. A lo menos, en tiempo de Esparciano, se leía este testamento político en el pórtico construído por Caracalla.

De todos los príncipes que reinaron después de él hasta Diocleciano, durante unos ochenta años, Severo fué el único que murió en su cama. Fué por su parte grande habilidad y para el Estado una gran fortuna, porque este reinado de diez y ocho años terminado pacíficamente prueba el orden que había restablecido en todo.

Le faltó afabilidad, dulzura, cualidad preciosa en el individuo, pero que en el príncipe viene á ser debilidad fácilmente. Cuando Juliano hace comparecer á los Césares en la asamblea de los dioses, exclama Sileno á vista de Severo:

CAPITULO XC

LA IGLESIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO III

I. — ESTADO GENERAL DE LOS ESPÍRITUS. — TENDENCIA AL MISTICISMO. — LOS ALEJANDRINOS.

El siglo III es la edad heroica de la sociedad cristiana, que hemos visto formarse en las sombras y crecer en el silencio. En esta época tiene todos sus medios de acción y entre ella y el imperio se empeña una lucha mortal. Ha llegado pues el momento de medir las fuerzas los dos combatientes. Conocemos las del uno, el Estado; veamos las del otro, la Iglesia.

Hemos demostrado anteriormente que según las épocas, toma el espíritu humano direcciones diferentes y que se forman como corrientes de ideas que arrastran lo mejor de la vida nacional (2). Los jurisconsultos y los administradores, los arquitectos y los generales, los artistas y los filósofos moralistas habían sido la fuerza ó la gloria de Roma en el segundo siglo. En el tercero, el derecho tiene aun eminentes intérpretes; pero el último representante de la ciencia antigua, Galeno, acababa de morir y no tuvo sucesor. El arte, las letras propiamente dichas desaparecían. Durante doce siglos no oír ya la humanidad aquel himno de la belleza que la Grecia había cantado por espacio de tanto tiempo y cuyos ecos habían resonado en la Roma de Lucrecio, de Horacio y de Virgilio. El nuevo espíritu proscribía esas magnificencias de la tierra, *la belleza del mundo* que el hombre sin embargo es llamado á gozar. «¿Por qué han caído? exclaman dolorosamente escritores sagrados á propósito de ciertos herejes. Aristóteles y Teofrasto son los objetos de su admiración, y Euclides está perfectamente en sus manos. Desdeñan la ciencia de la Iglesia por el estudio de la geometría, y ocupados en medir la tierra, pierden de vista el cielo.» Otro, riéndose del hombre que pasaba por el más sabio de su siglo, Tolomeo, escribía á propósito de las ciencias exactas: «¡Oh frívolo trabajo que

(1) *Imperator vere nominis sui, vere Pertinax, vere Severus.* (Esparc. Sever. 14.)

(2) Hegel ha dicho en su *Filosofía de la historia*, p. 9: *Jede Zeit hat so eigenthümliche Umstände, ist ein so individueller Zustand, dass in ihm aus ihm selbst entschieden Werden muss, und allein entschieden Werden kann.* Es una ley de la historia, y conocer bien el carácter especial, ó lo que puede llamarse la dominante de una época, es la primera condición de la crítica histórica. *La influencia del medio* es de otro modo grande en la vida intelectual que en la botánica y en la zoológica, donde es ya tan fuerte; y no hay exacto juicio de hombres ni cosas sino restableciendo unos y otras en su medio.

«De este no diré nada: me da miedo su carácter fosco é inexorable.» Duro efectivamente por sistema, dió grandes golpes para no tener que darlos con frecuencia, y en su autobiografía, que los antiguos juzgaron verídica, justificaba sus severidades. Pero aquellos grandes golpes han resonado tan bien en la posteridad que se oyen aún y Severo permanece el hombre calificado por su mismo nombre (1). Los contemporáneos juzgaron de otra manera: fué muy sentida su muerte. Léase su historia, pensando en el deber principal que un emperador de aquel siglo tenía que llenar: asegurar el orden para cien millones de hombres, y se dirá de él con más verdad aún que se dijo de Luis Onceno: «Todo bien pesado, era un rey.»

sólo infla de orgullo el alma del hombre!» El grande elogio entonces es, «aplicarse á las cosas divinas.»

Esto se decía así entre los filósofos como entre los cristianos. Mientras el autor de la carta á Diogneto condenaba toda doctrina que no tenía por objeto lo invisible, Plotino escribía: «¿Por qué no llega el hombre á la verdad? Porque el alma se arranca incesantemente al sentimiento de las cosas divinas por las impresiones exteriores.» Plotino quería que haciéndose sorda á todos los ruidos de afuera, no escuchara más que la voz de arriba. Entonces se produjo el fenómeno extraño en el mundo occidental de que se olvidara la tierra tanto tiempo amada para levantar la cabeza hacia esos palacios aéreos que según los tiempos, la dialéctica y el sentimiento construyen en las nubes con tanta magnificencia ó religioso terror y cuyo único soberano es la imaginación.

Los hijos de la vieja Italia, raza pesada, no hubieron de tener esos arranques ó vuelos hacia lo desconocido que tanto honor hacen al espíritu humano; pero Italia á su vez sufría una invasión más terrible que la de Aníbal y de los galos:

Todos los monstruos de Egipto tienen su templo en Roma

Los hombres y las creencias del Asia habían tomado posesión de la tierra, donde reinaba en otro tiempo la sencillez de las ideas y de las costumbres: el espíritu de Oriente dominaba el de Roma, y el alma ardiente de aquellos soñadores de las orillas del Nilo y del Oronto, no teniendo el lastre de la ciencia, divagaba á la ventura á través de los mil sistemas de la *gnosis* y de la filosofía. Se querían dioses nuevos y las multitudes corrían á los raros cultos de la diosa siria y de Sabazios, ó á las religiones monoteístas de Mitra y Serapis: éste al cual se refería una enseñanza moral tan pura; aquél, que ofrecía en sus dogmas y en sus ceremonias bastantes relaciones con el cristianismo.

Así y por todas las vías, la corriente del siglo llevaba el pensamiento humano hacia las cuestiones religiosas; seductores, pero insolubles problemas, algunos de los cuales debent, sin embargo, tenerse por demostrados, aun cuando su demostración es imposible (3). Como antiguamente en Ate-

(3) Mitra era un mediador entre el Dios supremo y el hombre, un representante del amor del Creador á la criatura. Era también un

nas, en todas las esquinas de las calles se filosofaba, ahora se dogmatiza en todas las aldeas del imperio. Es de buen gusto parecer devoto, llamarse pontífice de alguna divinidad, y las curias municipales se llenan de sacerdotes que antes no se conocían (1). En el siglo de Pericles, el día en que los Efebos recibían sus armas del Estado, prestaban este juramento: «Juro no deshonrar nunca estas armas sagradas, combatir siempre por mis dioses y por mi hogar, solo ó con todos, y dejar á mi muerte más grande y poderosa la patria.»

Los Efebos cumplieron su heroico juramento en Salamina y Maratón, cuando salvaron, con su libertad, la civilización del mundo. Todavía lo prestaban en el siglo tercero, pero como se repite una oración en lengua desconocida. La *Efebía ateniense* no era ya más que un colegio religioso, y esta transformación se había obrado ciertamente en las numerosas ciudades que habían tenido la institución efébrica. La pitonisa de Delfos y las encinas proféticas de Dodona, mudas en tiempo de Estrabón, habían recobrado la voz. Alejandro mismo, personificación de la guerra, había tomado un carácter religioso, y se invocaba como el genio benéfico que libraba de los maleficios.

Este giro del espíritu se ve en la sociedad romana, así arriba como abajo. Los provinciales que habían sustituido en el senado y en los altos cargos á la escéptica aristocracia del último siglo de la república y de los primeros tiempos del imperio, querían creer en algo, y los príncipes sirios se sentían rodeados de visiones religiosas. En el siglo tercero los emperadores añadieron á sus títulos el de *Piadoso* ó *Pío* (2); las emperatrices recibían el de Santísimas, *Sanctissima*, y en la corte como en la ciudad se leían con sabor las historias llenas de milagros de Filostrato y de

redentor que purificaba las almas y perdonaba los pecados. Así, pues, Tertuliano (*de Corona*, 15) atribuía á astucia del demonio las relaciones que no podía menos de reconocer entre esta vieja religión asiria y la nueva religión de Cristo.

(1) Esto se ve hasta en las inscripciones. Entre los 164 decuriones de Canusium (Canosa) en 223, no se encuentra un sacerdote, mientras entre los 71 nombres del album de Tamugas, en el siglo siguiente (de 364 á 367), se cuentan 2 sacerdotes, 36 flamines perpetuos, 4 pontífices y 4 augures, es decir, las dos terceras partes de los miembros citados, que están ó han estado investidos de funciones religiosas. Cualquiera que sea la hipótesis que se adopte para explicar la presencia de tantos sacerdotes en la curia de Tamugas (*V. Ephém. épigr.* III, p. 82), siempre resultará que la mayor parte del consejo municipal tenían carácter sagrado, ó debían al sacerdocio que ejercían ó habían ejercido el honor de figurar en el album con los duunviros y demás magistrados. M. Dumont ha hecho constar el mismo hecho respecto de Atenas (*Épébie Attique*, t. I, p. 137): era general. V. también el *Philopatris* de Luciano, cuyos personajes son caricaturas de tipos reales.

(2) Para Severo y los príncipes de su casa era un nombre propio, tomado de Antonino Pío, ó mejor aún de Cómodo, de quien Severo se decía hermano por adopción. A partir de Macrino era un calificativo que tomaban todos los emperadores del siglo III. Una inscripción de Galieno (Orelli, n.º 1007) dice de él: *cujus invicta virtus sola pietate superata est*. Otra (1014) lo llama *sanctissimus*. Julia Mesa (Heuzen, número 5515, y Eckhel, VII, 249) y las mujeres de Gordiano III (Orelli, n.º 977), de Filipo (C. I. L. III, 3718), de Galieno (Orelli, número 1010) eran santísimas. Victorina, madre del usurpador Victorino, se llamaba *Písimas* (*Ibid.* 1017). Bien sé que *sanctus*, en el latín clásico, significa puro, casto, inviolable; pero creo también que en el siglo III se le añadía ya la idea de santidad. La casa imperial, *domus divina* (en una inscripción de 202, Wilmanns, 985), se fortalecía más y más en su fe pagana á proporción que la atacaban los cristianos. La palabra *sacer* vendrá á ser sinónima de imperial y se aplicará muy pronto á todas las funciones que dependan del príncipe: las curias de Lyon (Boissieu, p. 24, 80, 160), de Volcei (Mommsen, *Inscríp. Noap.* número 218), etc., se llamaban *ordo sanctissimus*; el de Brixia (C. I. L. V, 4192) era *Písimus*. Los mismos calificativos se encuentran en el siglo III, en muchas inscripciones de humildísimas gentes, por ejemplo, en las lápidas sepulcrales de Cartago.

TOMO II

Eliano, las *Vidas* maravillosas de Apolonio y de Pitágoras transformados en encarnaciones divinas (3). No se contentaban ya con la puerta de ébano, de donde el viejo Homero, medio sonriente, hacía salir los sueños y la muerte; buscábase aquella tremenda salida para desgarrar el velo que se extiende tras ella y encontrar otra cosa que los monótonos placeres prometidos por el politeísmo greco-romano. Se pretendía «penetrar en los secretos de la vida íntima de Dios,» determinando su naturaleza, sus atributos, su voluntad. Todos los espíritus eminentes iban en busca de lo divino: los unos por el cristianismo, los otros por la escuela neoplatónica, donde terminaba el esfuerzo filosófico del mundo pagano. Así bajo el viento que pasa, se inclinan las espigas de la próxima cosecha en la misma dirección.

Explícate este estado de los espíritus. Después de dos siglos de combates que le habían entregado la tierra y sus riquezas, la sociedad romana estúvose hartando de placeres y bienestar, por espacio de dos siglos todavía. Séneca, Epicteto y los moralistas de la época Antonina nos la mostraron fatigada del prolongado alumbramiento de sus grandezas y llegando á la saciedad, al desdén de lo útil y de lo real. Todos los grandes móviles le faltaban. En aquel vasto imperio, demasiado grande para ser una patria, el sentimiento que había llevado tan alto el corazón de los antiguos ciudadanos no tenía ya por alimento sino intereses de orden inferior: por consiguiente no había patriotismo de imperio. Tampoco había ya vida política: como no se podía nada en los negocios de Estado, no se tenía ningún cuidado por ellos.

Fuera de esto, el gran río de poesía con que la Grecia había inundado el mundo se había empobrecido al atravesar la landa romana: ahora se secaba; los artistas eran industriales y los poetas meros arregladores de palabras: el Virgilio del tiempo, Opiano de Siria, cantaba la caza. Nada de lo que apenas un siglo antes hacía la plenitud de la vida, llenaba ya el vacío de las almas. De las risueñas cimas que habían iluminado el genio griego y una fortuna constante, se descendía á los fondos bajos y sombríos en que reinaba insoportable tristeza. Aquel pueblo de acción violenta se había sentado y soñaba.

Por otra parte, al rededor de sí, el mundo parecía envejecer (4). De todos los puntos del horizonte vendrá muy luego la amenaza: del exterior, los bárbaros hechos ya formidables; del interior continuas revoluciones, de que no será ya sólo Roma el teatro y la víctima; por donde quiera, la vida económica turbada y el Estado como para disolverse. Enfrente de tantos males que parecían compensarse con su felicidad pasada, aquella sociedad tanto tiempo alegre y tranquila, tomaba otras vías y pensaba más seriamente; tenía las preocupaciones de la muerte que asedian al anciano. En tiempo de Septimio Severo, aparte los jurisconsultos, paganos y cristianos sólo tienen ya filósofos y escritores religiosos ó teurgitas: entre los primeros, Amonio Saccas, Plotino, Porfirio, con las sutiles doctrinas encontradas por ellos en aquel mundo superior del espíritu que Platón había abierto; entre los segundos, Tertuliano, Minucio Félix y San Cipriano entre los latinos, é Ireneo, Clemente de Alejandría y Orígenes entre los griegos, seis hombres que en otros tiempos habrían sido el honor de una literatura profana y son la gloria de la Iglesia.

(3) Las *Vidas de Pitágoras*, por Porfirio y Jamblico, son tan maravillosas como las de Apolonio por Filostrato. No estaban aún escritas, pero estas leyendas corrían ya por todas partes.

(4) *Senuisse jam mundum*. Son palabras de San Cipriano á Demetrio.

El sentimiento religioso se escapa siempre á los lazos de la ciencia, porque es indestructible; por otra parte, no habitan el mismo mundo ni proceden de la misma manera en la formación de las ideas. Pero la ciencia puede hacer á las religiones constituidas incurables heridas: falta de ella la sociedad romana, lo sobrenatural había conservado su poder, y una reacción religiosa se llevó el escepticismo superficial de los filósofos, como se hubiera llevado el de nuestro siglo XVIII, si no hubiera encontrado éste por auxiliares las ciencias satánicas. De Lucrecio á Luciano habían dudado muchos; de Atenas á Alejandría, de Roma á Jerusalén todos creen ahora; aquí, en el Hombre Dios de la fe cristiana ó en las hipótesis de los alejandrinos; allí, en las viejas deidades que quedaron de pie en sus santuarios, ó en los nuevos dioses que el Oriente daba incesantemente á los romanos.

Hablando así, prescindimos, por supuesto, de la multitud que sigue y no piensa, la que Luciano en su *Júpiter Trágico*, llamaba ya *vil multitud*, para ir á los que piensan y conducen, aun bajo la túnica del esclavo, como Epicteto y Blandino. Son almas escogidas que arrastran á las otras y por las cuales se consuman las revoluciones morales; son por consiguiente las que debemos conocer.

Los llamados alejandrinos intentaban un compromiso imposible entre la religión y la ciencia; entre el espíritu de la antigua Grecia y el espíritu oriental, hubieran querido creer y saber: comenzando con la dialéctica que no puede dar más que abstracciones incomprensibles para el vulgo, acababan en el misticismo, es decir en medio de las nubes adonde la multitud no podía seguirlos. En cuanto á la gran cuestión, por ejemplo, de la unidad divina, llegaban á un concepto abstracto y estéril, á un ser separado del mundo para siempre. Mientras el Dios de los cristianos se ve, se toca y entra en comunicación diaria con el hombre, el dios de ellos no tiene forma, ni atributos ni nombre; es el *inmoleable*, y hasta carece de inteligencia, porque la inteligencia que supone una división entre el sujeto que comprende y el objeto comprendido, impediría admitir la unidad absoluta del ser en sí. Los dioses son impasibles, dice Porfirio, y no pueden ceder á invocaciones, á expiaciones ó ruegos... porque lo que es impasible no puede ser conmovido ni obligado. Era el dios de Epicuro, sin odio, sin amor, sin poder, y hay que decirlo también, el de Platón en el *Filebo*, y con mayor razón el de Aristóteles, extraño al mundo que desconoce.

Como el cristiano tiene la Trinidad, tres personas en un solo Dios, tienen ellos sus tres hipótesis, donde pueden verse reunidos el principio absoluto de los Eleates, el *demourgos* de Platón, el dios de Aristóteles, *motor inmóvil* del mundo, y pretenden hacer de ellos una unidad divina (1). Pero lo que es profundo es oscuro y el pueblo no lo ve. Esta *unidad* que piensa en sí misma sin producir; esta inteligencia que comprende el mundo y no lo hace, este movimiento que da la vida y no puede conocerla, ¿qué es para su acción sobre las multitudes, al lado de Jehovah

(1) La idea de la Trinidad es una de las más viejas creencias de la humanidad. Se encuentra en Egipto, en Caldea, entre los etruscos, los escandinavos, los germanos, y extraños monumentos nos la revelan también en las tríadas gálicas. Este mito consistía en el concepto de un Dios único en su esencia, sin serlo en su persona. «Este dios, dice Maspero (*Hist. antig. de los pueblos de Oriente*, p. 28), hablando de la tríada egipcia, es padre por lo mismo que es, y el poder de su naturaleza es tal que engendra eternamente sin debilitarse ni consumirse jamás... Es á la vez el padre, la madre y el hijo. Engendrados por Dios, producidos por Dios, sin salir de Dios, estas tres personas son Dios en Dios, y lejos de dividir la unidad de la naturaleza divina, concurren los tres á su infinita perfección.»

que Moisés ha visto cara á cara; del Espíritu Santo que descende en lenguas de fuego sobre la cabeza de los apóstoles dándoles la inspiración profética; qué es, sobre todo, al lado de ese Cristo que va por los rudos senderos de la tierra, soportando todas las miserias y los dolores todos de la humanidad, que la rescata con su sangre en el Gólgota, y en el huerto de José de Arimatea rompe la piedra de su sepulcro para enseñar á los hombres que, como él, son inmortales en su carne y en su espíritu?

Así, pues, para sustraerse al antropomorfismo que había perdido á las religiones paganas, los alejandrinos se habían dejado conducir por la dialéctica á un Dios impersonal, sin relación con la tierra; pero había sido menester que de aquella mansión de lo absoluto, de la inmovilidad, y por consiguiente, de la muerte, volvieran á bajar al mundo de la vida; y volvieron con alegorías y símbolos, de que se sirvieron para dar un remozamiento de popularidad á la vieja mitología, que había perdido hasta la poesía de las ruinas.

Su moral es elevada, su vida era pura, habían renovado la abstinencia pitagórica y tuvieron institutos donde se siguieron las reglas más austeras de las observancias monásticas. «Cuando el alma salió de las manos de Dios, decía, fué una caída que debe rescatarse con santas prácticas. La obra piadosa por excelencia, consiste en vencer el cuerpo, principio de todas las pasiones, túnica grosera en que el alma está cautiva. A lo menos, lleve en esta prisión una vida angélica, βίος ἀγγελικός ἐν τῷ σώματι.»

«¿Qué me importa el cuerpo? decía otro: en muriendo, sólo me llevaré conmigo el alma.» San Pablo no había sido más duro para el cuerpo; y Orígenes que consumió un semi-suicidio, repetía: «¿Quién me libraré de este miserable?» El espíritu de lucha contra la carne es igual en una y otra parte. Sócrates entraba en la verdad de nuestra naturaleza, mucho más que estos violentos, cuando haciendo descender el ideal á la tierra, se limitaba á esta noble plegaria: «¡Oh Dios! dame la belleza del alma y haz que mi vida sea su fiel imagen.»

¿Y qué recompensa prometían los alejandrinos por estas austeridades? El aniquilamiento en el Ser infinito. «Morir es vivir,» decían con Platón. No, esta vida de una particular inconsciente perdida en el gran *Todo*, era la muerte; mientras la fe daba al cristiano la certeza de la inmortalidad personal. Además aquellos no poseían credo con la autoridad de una palabra divina, ni organización para conservarlo y difundirlo, ni disciplina para mantener su autoridad. Tenían una filosofía y procuraban adquirir la ciencia superior de las cosas; no tenían una religión, una fe, una regla absoluta de conducta, ni una promesa de redención.

Ahora bien, para remover y ganar las multitudes, son inútiles los más sutiles racionios; son necesarios el sentimiento y la pasión. Estos poderosos medios de obrar sobre las almas se encontraban en la vía del Calvario, regado con sudor de sangre; no en los amenos y tranquilos jardines de la Academia. He aquí por qué la humanidad abandonó entonces una de estas dos vías por la otra, por la cual y por las mismas razones, una parte de ella marchará mucho tiempo aun.

El mismo año del advenimiento de Severo, Amonio Saccas, ó el ganapán, abrió la escuela de Alejandría, que durante dos siglos disputó al cristianismo la dominación de las inteligencias. Cuando Plotino lo hubo oído: «He aquí, dijo, el hombre que yo buscaba.» Érale muy superior y fué el verdadero fundador de esta escuela razonadora y mística á la vez, que reuniendo á los contrarios, no pudo ejercer la victoriosa acción de una fe sencilla y ardiente. Eclécticos los alejandrinos lo aceptaban todo, á condición de in-

terpretarlo todo. Los sacerdotes, los filósofos, los poetas, les parecían murmurar el mismo pensamiento en lenguas diferentes, y esta amplia comprensión los hacía á la vez supersticiosos é incrédulos. Lógicos, ponían por encima de la razón la facultad peligrosa de los iluminados, el éxtasis, en que el hombre cree participar de la naturaleza divina y ver lo que la razón no puede demostrar. Idealistas con su Dios inaccesible y solitario en la cúspide del pensamiento humano, venían á ser panteístas con su sistema de emanaciones que hacía de todos los seres, cuerpos ó espíritus, una efusión de la sustancia divina, como la luz es una irradiación del sol. Y á este ser absoluto, incomprensible, inefable, de quien todo sale y á quien todo vuelve, se elevan por la oración, por el amor.

La fe, según estos extraños dialécticos, es muy superior á toda sabiduría humana; aquélla conduce á la teurgia, ésta á la inspiración sobrenatural, al éxtasis, que es el ideal de estos devotos paganos, porque, «en el éxtasis, dice Plotino, tiene el hombre todos los bienes y no le falta nada; no siente el dolor ni la muerte.» Las mismas palabras vamos á encontrar en boca de Tertuliano y el sentimiento mismo en los mártires. Los alejandrinos tocaban pues en los cristianos por muchos puntos. San Agustín lo ha reconocido; pero al salir del éxtasis y de sus sutilezas, los primeros recaían en sus áridas alegorías y los segundos en su realidad viva.

Porfirio, el sucesor de Plotino, precisando la doctrina platónica de los demonios, admitirá almas intermediarias entre la Trinidad y el hombre, *archontes*, representando las fuerzas de la naturaleza, ángeles, mensajeros divinos llevando al cielo nuestras oraciones y trayendo los dones de la gracia, hasta genios funestos que nos impelen al mal.

Más tarde pretenderá la escuela ser una iglesia: Jamblico y Proclo, que se llamará el sacerdote de la naturaleza, serán visionarios ó taumaturgos haciendo milagros, y se establecerá una rivalidad entre estos hombres que se disputan el mundo. Una gran obra de Porfirio contra el cristianismo fué la señal de la guerra á muerte que Diocleciano le declaró; pero Constantino hizo quemar los libros del filósofo (1), y Proclo tuvo que evitar la persecución de los emperadores cristianos por medio de un destierro voluntario.

Esta escuela, llamada de Alejandría, estaba dispersa por toda la faz del mundo romano, porque Plotino enseñaba en Roma, Porfirio en Sicilia, Amelio en Siria y otros en Efeso, en Pérgamo, en Atenas, donde sus discípulos lucharon hasta el último momento contra el cristianismo. Fué un noble esfuerzo de filosofía religiosa, y sus adeptos merecen respeto por su pureza moral. Ellos nos muestran bajo ciertos respetos lo que vamos á encontrar entre los cristianos: el desprecio del cuerpo y de la tierra, el amor divino, la unión con Dios por el éxtasis y todos los místicos fervores. ¡Singular estado de almas, que es la característica moral de aquella edad del mundo, y que no podía acabar sino por una revolución religiosa! Pero no en favor de los alejandrinos se consumará esta revolución. «No traéis nada nuevo á los cristianos, decían, á no ser vuestro desprecio

á los dioses y á la filosofía.» Y decían bien. Pero este desprecio es lo que debía asegurar la victoria á los miembros de la nueva alianza, á los rescatados de Cristo. Vamos pues á estos, pues el porvenir es suyo.

II. — TRANSFORMACIÓN DE LA IDEA MESIÁNICA

Al morir los Olímpicos, habían dejado tras sí un vacío inmenso, y los inspirados, los charlatanes, se habían disputado el cielo que quedaba desierto. Acabamos de ver cómo los filósofos habían procurado conquistarlo sin poder hacer salir del seno del Ser absoluto el Dios que el sentimiento reclama, el que ama y el que perdona. En medio de la confusión de los sistemas y de los ritos, el cristianismo se había hecho ya amplio lugar en tiempo de Severo. Nacido en un país condenado hacía siglos á todas las miserias, procedía á la vez de la desesperación y la esperanza. Desde la cautividad, habían esperado siempre los judíos la mano poderosa que levantara la casa de David; pero enfrente de aquel imperio romano, que era para ellos inexpugnable, la idea mesiánica había debido transformarse. Maldiciendo el presente, habían mirado al porvenir sólo por la parte por donde les parecía que podía llegar este porvenir, hacia el cielo, que suscitaría un Mesías salvador. El conquistador de la tierra vanamente esperado había hecho lugar al conquistador de las almas: la nueva Jerusalén venía á ser una Jerusalén celestial.

Hasta entonces la humanidad había honrado á sus dioses con un culto interesado para obtener sus favores terrenales ó aplacar sus enojos; pero he aquí que se le presen, taba un ideal de justicia y de bondad, y en su corazón se despertó un nuevo amor, un amor divino. La fe de los humildes había encontrado este Dios tan diferente de los demás, sustituyendo una promesa de orgullo carnal con una esperanza de espiritualidad, y aun iba á ganar á los soberbios mostrándoles el mediador deseado en el Hombre-Dios, que no había subido de la tierra al cielo, como los Olímpicos con todas las manchas mundanales, sino que, al contrario, había descendido del cielo á la tierra con la pureza divina y un poder infinito de amor.

Los paganos habían buscado también un mediador entre el creador y la criatura; hasta lo habían entrevisto, pero jamás bajo la figura de Jesús, que es tan divina, porque es tan humana, un Dios muerto en cruz por el rescate del mundo, el *mediador* que es á la vez *redentor*. Bajo el punto de vista doctrinal, todo el cristianismo se encuentra en este concepto; lo demás no es sino una serie de medios, medios de acción para explicar el principio y deducir de él las consecuencias.

Los señores del mundo romano no ganaban nada con la transformación de las ideas judías en ideas cristianas por este nuevo concepto del Mesías esperado. Los profetas habían anunciado á todas las potestades que caerían bajo la espada de Israel; la Sibila y San Juan las condenaron á perecer con sus dioses de palo y sus magnificencias mundanas en las llamas encendidas por la cólera divina, mientras los vencedores de los demonios recibían la promesa de la inmortalidad.

Sin embargo, bajo el punto de vista político, esta promesa arrancó al cristianismo de toda ambición terrestre en la primera fase de su existencia. Parece que al propagarse, con sus principios de igualdad humana y de comunidad de bienes, en el seno de las clases desheredadas, habría debido llevar el espíritu de rebelión. Mas por una funesta exageración de las doctrinas de desprendimiento enseñadas

(1) Véase (Cod. Just. I, 1, 3, 3) una constitución del año 449 que condena al fuego todos los libros contrarios á la doctrina de Nicea y de Efeso, y decreta la pena de muerte contra los que los conservan ó los leen. Justiniano (Nov. XLII, 1, § 2) renovó estas penalidades, y esta abominable legislación duró catorce siglos. El triunfo de los teólogos musulmanes en el siglo XIII, tuvo también por consecuencia la persecución de los filósofos. El vuelo de la civilización árabe fué detenido y las sombras se extendieron por el Oriente, donde durante tres siglos había brillado una viva luz que llamó la vida al Occidente (V. G. Dagat, *Hist. de los filos. y teól. musulm.* 1878).

desde cuatro siglos atrás por todas las filosofías (1), la Iglesia primitiva añadía a su dogma fundamental de la redención, el desprecio de la vida presente, que sin embargo, estaba comprendido en el rescate de todo el destino humano. Si no había sido este el sentimiento de la primera hora, se verá que fué, para buena parte de los fieles, el de la segunda.

Preocupado del cielo y de las recompensas reservadas a su fe, el cristiano no envidió a los dichosos del siglo sus riquezas ni sus goces. Dejaba las cosas de la tierra como las había encontrado, porque la existencia aquí abajo no era para él sino una vida de prueba cuyo término mejor sería el más breve, mientras la otra, la de ultra tumba, era la vida verdadera y ardientemente deseada.

«Tema morir aquel á quien espera el infierno, decía San Cipriano; pero el cristiano, habitante de una casa cuyas paredes vacilan y cuyo techo tiembla, pasajero á bordo de una nave que la tempestad va á tragarse, ¿por qué no ha de bendecir la mano que abreviando la partida lo lleve á su patria celestial?»

Con esta anulación de las ideas antiguas, el más miserable esperó, no ya aquel día de reinado que solía encontrar en el tumulto ó la orgía, sino el reino del cielo, donde gozaría una felicidad eterna. El cristianismo no cambiaba las condiciones de la vida, pero cambió las condiciones de la muerte; y esta nueva solución del terrible problema era por sí sola la más grande de las revoluciones.

A pesar de la tentación siempre viva de pedir á la muerte su secreto, se contentaron los antiguos con admitir sin mucha metafísica una vaga existencia de ultra tumba (2). En aquellas viejas edades la vida era ruda; perderla era á menudo ganar el reposo, la paz, *requiem aeternam*, y la Iglesia lo repite aún. Es el tiempo en que la Grecia representaba la muerte bajo la forma de un bello niño dormido, cuya mano caída tenía una antorcha inversa. Pero el espíritu se desenvuelve, la conciencia se ilumina y proyecta claridades en las sombras del sepulcro. Se hace descender á él la justicia que, perfeccionándose la sociedad, procura establecer en la tierra; se ponen en él recompensas para los buenos y castigos para los malos, como sucede en el foro ante el pretor; y aquel juicio de los muertos que Homero reservaba á los héroes se extiende á todos los hombres. La ciudad de las sombras se puebla, se ensancha y civiliza, como la ciudad de los hombres; la vida elisiaca se somete á las leyes morales de la remuneración, y sus

(1) La indiferencia para los deberes cívicos y el desdén de los bienes de este mundo eran las lecciones dadas por la nueva Academia de Cenón, por Pirrón y Epicuro. «El cristianismo renovará todas estas repugnancias, se mostrará más desdénoso aún de la acción política, predicará la indiferencia con más ardor, llevará á su colmo todos estos desprecios despreciando la filosofía misma, que había enseñado ya á despreciarlo todo, y para arrancar las almas á la tierra, sólo les ofrecerá bienes que no son de este mundo.» (Martha, *Lucrec.*, p. 200).

(2) Hasta ahora el hombre no ha sabido encontrar más que tres soluciones al problema de la muerte. El alma, chispa de la vida, vuela y se pierde en el foco de la vida universal: es el *nirvana* indio y la indiferencia á la existencia personal; ó bien va á gozar dulcemente los mismos placeres que ha gozado en la tierra; es el amor de la vida física, la solución greco-romana y musulmana; ó bien en un arrobamiento eterno contemplará á Dios cara á cara: es el amor divino, pero también otra especie de aniquilamiento en Dios. La ciencia hace un sueño diferente: puesto que nada se pierde, el pensamiento debe subsistir como la fuerza; separado del cuerpo, su órgano imperfecto, durará, y la inteligencia llegará al conocimiento de todas las cosas. Será para la humanidad lo que sucede con el individuo: la necesidad de saber sucediendo á la necesidad de amar. Pero la ciencia perfecta es el perfecto conocimiento de la verdad, del bien, de la belleza, es decir, de Dios mismo, y aquel la conseguirá, en la vida superior, que haya hecho más para acercarse á ella en la vida presente.

placeres, reseñados en los monumentos fúnebres, continuaban los de la vida terrena. A este punto de igualdad entre las dos existencias había llevado la filosofía greco romana las creencias escatológicas de los paganos.

Pero el movimiento iniciado no se detiene; el desenvolvimiento del pensamiento religioso sigue su curso, y se rompe el equilibrio entre las dos existencias: el cielo prevalece contra la tierra, la vida futura contra la vida presente; ésta condenada y maldita, aquélla glorificada y apetecida y esperada con ansiedad é impaciencia.

Después de haber buscado á Dios como á tías en las religiones de la Grecia, de Frigia, de Egipto y de Fenicia, vieron los romanos venir á ellos un nuevo Dios, que iba al corazón de los delicados y afligidos. Había muchas almas que rechazaban deprimidas el grosero naturalismo de la religión oficial, y á pesar de las favorables modificaciones de la servidumbre, la esclavitud era siempre para aquella sociedad una llaga que manaba sangre.

Ahora bien, á aquellos *desesperados*, como Plinio los llama (3), se les trae en fin la esperanza. ¿La de la tierra? ¡Oh! no. La antigua morada que el sol y la vida hacían en otro tiempo tan bella, ha venido á ser el valle de lágrimas que la venganza divina va á llenar de gemidos; y la mansión de los muertos, en otro tiempo tan sombría y triste, es la Jerusalén celestial, radiante de juventud, de luz y de amor, donde las almas piadosas habitarán eternamente. «El sol se oscurecerá, la luna no dará ya su luz, y las estrellas caerán del cielo... Entonces el Hijo del hombre vendrá sobre las nubes con gran poder y majestad y enviará sus ángeles á reunir sus escogidos de los cuatro extremos del mundo. En verdad os digo, no pasará esta generación sin que suceda todo esto.»

La generación pasó y no se rompieron los ejes del mundo. Pero la Sibila y los inspirados del Apocalipsis renovaban sin cesar la pavorosa amenaza, que era una promesa de tormentos infinitos para los orgullosos señores de la tierra y de goces eternos para sus víctimas. «Estos desgraciados, dice un autor del tiempo, hablando de los cristianos, estos desgraciados se imaginan que serán inmortales y desprecian los suplicios entregándose voluntariamente á la muerte.» El amor del cielo los conducía al odio de la tierra; no tenían ya ante los ojos «más que Dios y la Eternidad con su terrible majestad» (Kant).

El carácter verdadero de la revolución que se operaba en las oscuras profundidades de la sociedad romana, está en aquel nuevo aspecto de nuestros destinos, más bien que en la reforma moral, puesto que ya la humanidad, según en otro lugar dejamos demostrado, había sido puesta en posesión de todos los preceptos que sirven á regular y dirigir la existencia terrena. La vida se depuró en efecto, pero se oscureció en el sepulcro viviente en que la encerraron los que impellían esta revolución á sus consecuencias lógicas, y los magistrados romanos, que no podían ver más que sus exterioridades, encontraron las dos cosas de

(3) ... *Coli rura ab ergastulis pessimum est et quidquid agit ut desperantibus*. Hemos visto cuál era la condición de los *humiliores*, y para la clase inmensa de los libertos, la constitución de Cómodo. A mediados del siglo III, Orígenes tenía á mucha honra para el cristianismo la reconversión que le hacían Celso y el pagano del *Octavio* de reclutarse entre la gente infima. «Sí, decía, vamos á todos los desdénados por la filosofía, á la mujer, al esclavo, hasta al bandido.» Haciéndolo así, los cristianos eran fieles á la pura doctrina del Maestro, que fué tan grande porque amaba á los pequeños. En el siglo IV decía también San Jerónimo: *Ecclesia Christi de vili plebucula congregata est* (*Opera*, IV, 289, edic. 1693). Las pinturas de las catacumbas vienen á probar la condición infima de los artistas que las ejecutaban y de los muertos que las habían encargado.

que se formó el gran drama de las persecuciones: el desprecio de la sociedad y de sus leyes, que suscitó los verdugos, y el amor de la muerte, que hizo las víctimas.

Este odio de la carne que los antiguos judíos no habían conocido, pero que la filosofía enseñaba, esta aspiración á la muerte, tan contraria al concepto que el paganismo se había formado de la vida, no hubieran podido producirse sino en un escaso número de almas ofendidas y dolientes. Pero el cielo resplandeciente de luz que el cristianismo abría á sus ojos, sus enseñanzas dirigidas á los más nobles instintos de la conciencia, la penetrante dulzura de las palabras y el gran poema de la Pasión ganaban los corazones de todos aquellos en quienes se encontraban las dos más poderosas facultades de nuestro ser, el sentimiento y la imaginación.

Y después de las seducciones ¿de qué terrores no disponían aquellos hombres, cuya palabra podía tomar la incomparable y terrible belleza de los cantos proféticos de la antigua ley ó las amenazas apocalípticas de la ley nueva, cuando anunciaban la aproximación de los últimos días, cuando mostraban los imperios derribados, los mundos reducidos á polvo, la trompeta del juicio resonando en el valle de Josafat, y el hombre asociado para el premio ó el castigo á la eternidad!

Jamás había conocido el mundo semejantes medios de acción moral (1), y se producían en una época en que el orden invariable de la naturaleza pasaba por ser juguete de los ángeles y demonios que divagaban al rededor del hombre, sembrando su camino de tentaciones, que su misma flaqueza hacía nacer, y de prodigios que veía con los ojos del espíritu deslumbrado por la fe ó por el terror.

En tiempo de Diocleciano se dió un mimo intitulado el *Testamento del difunto Júpiter*: no conocemos más que el título, pero un poeta de nuestros días ha representado al dios que durante tantos siglos había estremecido cielo y tierra con el rayo de su diestra, quebrantado por la edad, decrepito, con un resto de majestad sin embargo, y relegado lejos de los hombres en una isla desierta, donde procura calentarse las descarnadas manos en un mísero fuego de zarzas y espinas. El poeta y el filósofo que saben medir las grandes caídas, tienen á lo menos una palabra de compasión para los desterrados del cielo; las religiones menos generosas, persiguen con vivo odio á los que han vencido; les quitan el poder del bien y les dan el del mal.

Los cristianos creían también en la existencia de los dioses del paganismo y en los prodigios consumados en sus templos; pero transformaban á estos señores del antiguo mundo en demonios encarnizados en la perdición del nuevo. Para dirigir esta guerra contra la humanidad daban á las divinidades caídas un jefe que nadie había conocido aún, á no ser en la Caldea y la Persia y un poco en la Judea (2). Satanás que había de desempeñar en la Edad media un gran papel, comenzaba su reinado: torcía al mal los placeres más legítimos, ocultaba un lazo en todas las magnificencias de la naturaleza y difundía el terror por toda la faz de la tierra, que había venido á ser su reino.

Lo que está dentro de nosotros, esas debilidades, esos vicios, que una voluntad enérgica reprime y que una voluntad floja ó vacilante deja desenvolverse, se sacaba afue-

(1) El Apocalipsis creó un género nuevo de oratoria, poniendo á disposición del sacerdote cristiano los terrores del infierno y las beatitudes del Paraíso. El paganismo no tuvo nunca nada semejante.

(2) Apenas tres veces es nombrado Satanás en el Antiguo Testamento. El libro de la *Sabiduría*, donde se muestra con su verdadero carácter, fué escrito poco tiempo antes de la era cristiana en Alejandría.

ra y se llenaba el universo de seres maléficos que no eran sino una parte de nosotros mismos.

La humanidad temblaba ante su propia imagen, y el cristiano que se creía rodeado de tentaciones mortales para su salud espiritual, decía con San Juan: «El que odie la vida de este mundo tendrá la vida eterna (3).»

Esta doctrina de la desesperación es tan viva como la de la esperanza, porque la humanidad tendrá siempre miserias y espíritus enfermos que de la existencia no quieran ver más que la infelicidad ni comprenden una Providencia que permite que caiga el mal sobre inocentes.

Desde hace muchos siglos, los sectarios de *Sakyamuni* enseñaban en Oriente á innumerables multitudes que el mal era la vida, y los alejandrinos acababan de repetir que era menester aspirar á la muerte como á una liberación (4).

Los libros Sapienciales de los judíos habían recogido también este triste suspiro, que corresponde á una de las fibras del corazón humano: «Todo es vanidad;» y este grito en contró eco en todos los tiempos, en la Edad media, en pleno siglo de Luis XIV y aun en medio de nuestra ruidosa y afanada vida. Tenemos los poetas y filósofos de la maldición, Leopardi y Hartmann (5), al mismo tiempo que los cartujos y trapenses nos representan bajo la forma religiosa, la fatiga ó la ignorancia del mundo, el espíritu de odio contra la carne y esa poesía de la soledad á la vez amarga y dulce. Para ellos, filósofos ó reclusos, la sombría novia es siempre bella, y por razones contrarias encuentran dulzura en la muerte: *la gentilezza del morir*.

III.—LOS DOGMAS CRISTIANOS

Sin embargo semejantes pensamientos hacen violencia á la naturaleza humana, y aunque el imperio romano tocaba á aquellos países en que el esfuerzo y la lucha por la vida viene á ser fácilmente un sufrimiento, la doctrina del reposo en Dios no habría tenido en medio de las poblaciones más viriles del Occidente más que una duración pasajera, si las creencias que la habían producido no se hubieran encarnado, por decirlo así, en el cuerpo sacerdotal mejor constituido que hubo jamás. Con un maravilloso instinto del gobierno de las almas y con un trabajo de organización que no se detuvo nunca, guardó la Iglesia aquella fe, que sin ella se habría dispersado y perdido, como el perfume precioso que se evapora en un vaso mal cerrado.

Con la teoría platónica del *Logos* ó del Espíritu Santo enviado por Jesús á sus discípulos, la revelación podía continuar después de la desaparición del revelador. A proporción pues que la vida vino á ser más activa en la Iglesia, hizo aparecer, según los tiempos, órganos nuevos para nuevas funciones, para conjurar un peligro ó responder á una nueva necesidad. Es la condición de toda grande y fuerte existencia. La primitiva Iglesia, la Iglesia de la edad apostólica se había transformado, y todo lo que había tenido libre y espontáneo ó vago y flotante, doctrina, jerarquía, disciplina, se precisaba y disponía para una acción poderosa.

(3) XII, 25. Estas palabras son aún según el espíritu de la Iglesia y se repiten siempre.

(4) Muchas veces se han señalado las singulares analogías que existen entre la doctrina de Plotino y el *nirvana* budico, analogías fortuitas que no resultan de una imitación, sino de un mismo estado de las almas.

(5) Sin hablar de René, de Werther y Manfred, que han puesto en moda una tristeza morbosa que sus padres Chateaubriand, Goethe y Byron no tenían. No me atrevo á mencionar la extraña secta de los *shopsis* rusos que procede del mismo espíritu.